

EMOTIVIDAD Y EXPRESIÓN LINGÜÍSTICA EN LA COMUNICACIÓN COTIDIANA*

O. INTRODUCCIÓN

En trabajos anteriores (Oviedo, 1978 - Popayán; 1979 - Neiva) se estableció que una gramática que se limite al estudio de las estructuras (fonológicas, morfosintácticas, etc.) como sistemas autónomos, carece de poder explicativo. Se propuso, entonces, una línea de exploración que trate de identificar las relaciones que median entre formas y contenidos como procesos ligados a la comunicación.

Siguiendo esa línea de acción, en esta oportunidad se examinarán, de una manera informal y no exhaustiva, algunas formas lingüísticas en que ciertas **emociones** encuentran realización en la comunicación cotidiana en Español; no sin advertir que mucho de esto se encuentra disperso en el análisis de las gramáticas tradicionales.

0.1 Jakobson (1960) identificó una “función emotiva” entre las diversas funciones del lenguaje. Igualmente, él señaló que ninguna de las funciones era independiente de las otras; es decir, en toda expresión puede primar una función, pero no excluir necesariamente las demás.

Teniendo en cuenta esta característica “molar” de la comunicación, se debe plantear que la función emotiva (o sea el contenido emotivo) se integra necesariamente con el contenido referencial (o denotativo), el lógico y el ideológico para constituir un todo cargado de connotaciones.

0.2 En el presente trabajo, se toma como **contenido emotivo** el conjunto de reacciones psicosociales que afectan a los interlocutores y que hallan salida

*Publicado en revista *Lenguaje* N°14 de diciembre de 1983.

en la comunicación. Estas reacciones son las emociones o sentimientos, tales como **temor, ira, ternura**, etc.

Al identificar estas reacciones como psicosociales, se está dando por sentado que son reacciones del individuo, pero de un individuo que se estructura dentro de un grupo y se identifica con él. Por consiguiente, dichas reacciones se perfilan y proyectan como experiencias culturales, y se interpretan y valoran como prácticas culturales.

Lo anterior no quiere decir que todo el contenido emotivo de una expresión pueda ser recuperado unívocamente por el oyente (o lector). En todo acto comunicativo surge la **interacción** (emisor-receptor) por medio de la cual se “negocia la significación” (Widdowson, 1977); es decir, tan activo es el emisor en la construcción (codificación) del mensaje como lo es el receptor en la interpretación y reconstrucción (descodificación) del mismo. Cada uno de los interlocutores realiza su papel comunicativo de acuerdo con las pautas que su experiencia (práctica sociocultural) le proporciona. Esto es lo que hace que algún discurso sea interpretado de diferentes maneras por diversos receptores, aún cuando comparten el espacio y el tiempo en que aquel se produce.

En virtud de lo anterior puede entenderse que casi nunca se realice una comunicación que pudiera considerarse perfecta en cuanto a identidad entre mensaje expresado y mensaje interpretado. Y más riesgos de imperfección en la comunicación aparecen cuando prima lo emotivo sobre lo estrictamente “ideacional” (i.e. lo referencial + lo lógico, en términos Hallidayanos). Esto es perfectamente explicable si se tiene en cuenta el extenso rango de matices que tienen las emociones a lo largo de un continuo que podría establecerse con dos polos, que, en valores sociales, podrían considerarse como **positivo y negativo**; hacia el polo positivo se ubicarían emociones como “alegría”, “placer”, “tranquilidad”, “optimismo”, etc.; hacia el polo negativo se ubicarían emociones como “dolor”, “tristeza”, “disgusto”, “ira”, “pesimismo”, etc.; hacia el centro de estos dos extremos se encontrarían otras emociones como “afecto”, “indiferencia”, “sorpresa”, etc.; pero la línea divisoria entre estos matices es demasiado tenue y frecuentemente surgen confusiones.

Baste para ilustrarlo anterior el siguiente ejemplo:

(1) El esposo regularmente llega a su casa a las 6:30 p.m. (minutos más, minutos menos). Cualquiera día, por cualquier razón, llega a la casa a las 8:00 p.m. y es consciente de que la rutina de hora de llegada se ha roto; se siente un poco culpable. Al entrar a la casa, su esposa lo recibe con un gesto ambiguo, casi indescifrable, mientras exclama con voz alterada: -Y eso? Ya son las ocho!!

El esposo, inmediatamente reacciona levantando la voz y gritando:

- Yo ya estoy MUY CRECIDITO para que me tomen cuentas!!!

Entre sollozos y lágrimas, la esposa explica que no se trata de “tomar cuentas” sino que ella se encontraba preocupada porque temía que el esposo hubiera sufrido algún percance, con “tanto peligro como hay en la ciudad”.

En este ejemplo, la comunicación fue desafortunada por causa de los dos interlocutores:

- a) La esposa escogió (inconscientemente, quizá) las expresiones más ambiguas posibles, debido, seguramente, a una mezcla de emociones tales como “preocupación”, “tristeza” y “disgusto” (con una mayor carga de disgusto, obviamente) por la tardanza del esposo;
- b) el esposo, con su “sentimiento de culpa”, asumió una actitud “defensiva” ante lo que interpretó como una expresión de “dominación” o una “recriminación autoritaria”.

0.3 En este trabajo, (como ya se insinuó atrás), se explorarán algunas de las consecuencias que, en la comunicación cotidiana, tiene la emotividad en los diversos componentes de la expresión lingüística. o sea en lo fonológico-fonético, y en lo morfo-sintáctico (elementos lexicales, formas derivativas e inflectivas, estructuras de frases superficiales y transformaciones sintácticas.

Es conveniente advertir que no existe una relación de uno a uno entre contenido y forma aislada: una forma aislada puede tener varios significados potenciales, y un contenido puede expresarse a través de varias formas: por consiguiente, una forma adquiere su valor de significado “real” solamente en el contexto en el cual ocurre. Entonces, los planteamientos que se harán a continuación deben tomarse como un corte metodológico en el que se esboza una aproximación a algunos correlatos entre el contenido emotivo (función emotiva) y expresión lingüística, y no un estudio general de formas gramaticales y sus posibles significados.

1. EXPRESIÓN DE LA EMOTIVIDAD EN LO FONOLÓGICO-FONÉTICO

Para el analista, tanto como para el hablante corriente de la lengua, lo más obvio en la expresión de la emotividad se encuentra en la **voz**, o sea en las variaciones que sufren las cadenas de sonidos en sus diversos aspectos, tanto físicos como sistemáticos: timbre, intensidad y firmeza de la voz, por una parte, y ritmo, entonación y alteración de la articulación de los sonidos, por otra.

La emotividad afecta de esta manera todo acto comunicativo desde una simple expresión fática hasta el discurso científico. Obsérvese, a manera de ilustración, lo que ocurre en la expresión de un nombre propio con propósito “vocativo”. Tómese, para el caso, la situación de una madre en su casa en diversidad de circunstancias tales como las que se ilustran a continuación:

(2)(a) La madre desea que su hijo (Jaime) acuda al lugar donde ella se encuentra, para darle una golosina. Según el grado de **afectuosidad** que ella exteriorice normalmente en su relación con su hijo, su llamado puede tomar una de las formas (i) o (ii), o alguna otra variación de estas:

(i) [xáy me] (ii) [xa:yme:]

La expresión (2ai) quiere ilustrar un llamado firme, no severo, carente de “zalamería”. Aquí, la entonación (descendente) es la “normal”, es decir, tiene las características que tendría en la comunicación ordinaria con un amigo-, el timbre de la voz no se ha alterado y los segmentos se articulan sin mayor alteración (salvo la tensión articulatoria que se produce al llamar en voz relativamente alta); la diferencia de tono de voz entre la pronunciación de la primera y la segunda sílabas podría equipararse a una nota en la escala musical.

La expresión (2aii), quiere representar un llamado cargado de “zalamería infantil”. La entonación (ligeramente descendente) se modifica porque el timbre de la voz es más agudo y el tono en que se pronuncian las dos sílabas difiere en muy poco (aproximadamente media nota en la escala musical). Los segmentos vocálicos se alargan, alterando así el ritmo de la expresión, que se hace mas lento.

Obsérvese ahora esta otra situación:

(2)(b) La madre entra a la sala y encuentra un florero roto, supone que quien causó el daño fue su hijo (Jaime). Inmediatamente lo llama para “arreglar cuentas”: naturalmente la señora está “disgustada”; lo más probable es que escoja una de las siguientes formas:

(i) [xáy me:] (ii) [xa:yme:]

La expresión (2bi) quiere ilustrar un llamado firme y severo. La entonación bruscamente descendente marca un contraste fuerte entre el tono de la voz en que se pronuncian la primera y la segunda sílabas (aproximadamente 1 ½ notas

musicales): obviamente el timbre de la voz se altera. El último segmento vocálico se ha alargado.

La expresión (2bii) representa, también, un llamado firme y severo. La entonación se hace fuertemente ascendente. Por lo demás, las características restantes son semejantes a (2bi).

Puesto que estas apreciaciones son lugares comunes, y, además, existen trabajos elaborados acerca de la entonación y la significación (e.g. Halliday; 1970) y de Fonología del Español en general (e.g. Harris, 1969) y dado que el propósito de este trabajo no es el de abarcar todos los hechos lingüísticos, baste por el momento con anotar que, al comparar aún ligeramente los ejemplos anteriores, se puede establecer que emociones como la “ternura”, o el “disgusto”, o la “ira” afectan los sonidos de la expresión de diferentes maneras. Igual acontece con emociones como la “alegría”, el “temor” y la tristeza” y todos los matices emocionales identificables.

2. EXPRESIÓN DE LA EMOTIVIDAD EN ELEMENTOS LEXICALES

Todos los elementos lexicales pueden asociarse con más de un significado; por consiguiente, solo el contexto (físico, sociocultural y discursivo) puede ayudar a concretar el sentido de dichos elementos. No obstante, los elementos lexicales parecen tener ciertos valores semánticos “primarios” (que bien podrían llamarse significados de diccionario) que permiten establecer ciertas semejanzas y diferencias de unos con otros.

En la expresión del contenido emotivo, el emisor selecciona los elementos lexicales según el tipo de emotividad y el grado de intensidad de ésta. Básicamente se darían cuatro formas de uso comunicativo de los elementos lexicales: a) Con el valor **primario**; b) con un valor **metafórico**; c) con el valor **opuesto** (o sea del “antónimo”); d) con valor **arrasado** (o sea con valor “nuevo”). Esto se explica a continuación.

2.1 Valor Lexical “Primario”. Todos los hablantes de una lengua tienen la tendencia a asociar los elementos lexicales aislados con cierto tipo de significados; es decir, cuando oyen un vocablo aislado inmediatamente piensan en algún concepto; ese primer significado que viene a la mente sería su “valor primario”. Estos significados son complejos, de todas maneras, pues cada elemento lexical expresa algún concepto que no es solamente denotativo sino

que tiene asociado con él una serie de connotaciones (que se establecen a través de la experiencia cultural).

2.1.1 Interjecciones. Los gramáticos generalmente clasifican los elementos lexicales con base en los valores primarios. La clase de palabras más directamente asociada con la emotividad (en los textos de gramática) son las interjecciones, entre estas están:

(3) Caramba! Carajo! Maldita sea!...

Realmente, estas expresiones siempre tendrán un valor primario estrictamente emotivo; su referente es netamente emocional. Pero no son las únicas, ya que cualquier expresión puede tener valor “interjetivo” o expresar emotividad.

2.1.2 Otros Elementos Lexicales de Valor Complejo. La emotividad se refleja igualmente en la selección de elementos lexicales distintos a las interjecciones. Obsérvense expresiones como las siguientes:

- | | |
|-------------------------------------|----------------------------------|
| (4) (a) La dama que llamó... | (d) La vieja que llamó... |
| (b) La señora que llamó... | (e) La tipa que llamó... |
| (c) La mujer que llamó... | (f) La bruja que llamó... |

Todas estas expresiones pueden tener como referente físico a la misma “persona del sexo femenino”. Este podría ser tomado como su “valor primario”. Podría pensarse, entonces, que son sinónimos por ser correferenciales; sin embargo, no todas son intercambiables, y nadie las utilizaría todas para referirle a la misma persona en el mismo acto comunicativo. Dada nuestra práctica comunicativa y nuestra experiencia social, a lo sumo (4a.) y 4b) harían referencia a una misma persona; (4d) y (4e) serían más o menos intercambiables; pero ni (4c) ni (4f) tendrían con qué forma alternar (ninguna de las dos sería correferente de ninguna otra forma).

Lo que aquí se quiere afirmar es que, de acuerdo con el conocimiento que el hablante tenga (o no) de las personas (y de todos los objetos animados e inanimados) así mismo reacciona frente a ellas; establece unos valores que dependen del modo subjetivo de apreciarlas. Y cuando el hablante se refiere a esas personas (etc.) evoca la impresión que de ellas tiene y padece una reacción que puede encontrar salida en la expresión, o reprimirse. Estas emociones particulares son la **emotividad**.

Volviendo al caso del ejemplo (4), si la persona referida le agrada (o, por lo menos, no le desagrada) al hablante, éste utilizará (4a) o (4b), donde se refleja cierta actitud respetuosa del hablante; si la persona referida ni le agrada ni le desagrada al hablante, éste probablemente utilizará (4c), que refleja una actitud “neutral” o “indiferente” hacia el referido; si la persona referida es desagradable para el hablante, probablemente utilizará (4d) o (4e), reflejando así su actitud de “desagrado” hacia ella; pero si además de desagrado, la persona referida le inspira “ira” al hablante, probablemente éste utilizará (4f).

Entonces, puede verse que cada uno de los términos utilizados para referirse a una persona se asocian con un valor semántico primario complejo que, en la mayoría de los casos, se ha constituido por un proceso diacrónico que involucra el “valor metafórico”. Tal es el caso de “vieja.” y “bruja”, por ejemplo.

Cabe advertir que cada una de estas expresiones conlleva una entonación adecuada a la **emoción** que se quiere expresar. Igualmente es bueno advertir que estas expresiones pueden adquirir sentidos diferentes en contextos diferentes, por ejemplo, en lugar de un insulto, la palabra **bruja** puede equivaler a una “voz cariñosa”, según las modulaciones de la voz.

2.2 Valor Metafórico. Puesto que los especialistas en el discurso literario pueden tratar mejor lo relacionado con los valores metafórico, en este trabajo bastará con ojear rápidamente unas pocas expresiones del habla cotidiana. Obsérvense, por ejemplo, las siguientes expresiones que podrían utilizar los esposos para dirigirse el uno al otro:

- | | |
|------------------|----------------|
| (5) (a) Mi cielo | (c) Mi corazón |
| (b) Mi vida | (d) Mi tesoro |

o las que señalan en (6), y con las cuales un esposo podría referirse a su esposa, hablando con terceros:

- | | | |
|-------------------------|--------------|---------------------------|
| (6) (a) La contraloría. | (b) La fiera | (c) El ministro de guerra |
|-------------------------|--------------|---------------------------|

Todas estas “expresiones metafóricas” están ligadas a la **emotividad** como práctica sociocultural. Ellas no significan que realmente quien las utilice crea que su cónyuge tiene características tales que la hagan comparable a los referentes primarios de esos términos; solamente desea expresar, en el caso de las expresiones consignadas en el ejemplo (5), una actitud “afectuosa” hacia la esposa, y en el caso del ejemplo (6) una actitud “amistosa” (de “intimidad”) hacia el interlocutor.

Otras expresiones que también se usan con valor metafórico son los apodos (e.g. calva-locu, foco-flojo, burro-enano, etc.); pero en estos casos si normalmente se establece una semejanza entre la persona y el referente asociado con el apodo. Al igual que en los casos anteriores, los apodos surgen de la emotividad; ya sea por el “afecto” o ya por la “antipatía” hacia la persona a quien se le endilga el apodo.

2.3 Valor Opuesto. Es muy frecuente en la comunicación cotidiana utilizar elementos lexicales con sus valores contrarios. Uno de estos casos ocurre comúnmente en la expresión sarcástica, tal como se ejemplifica en (7):

(7) Hay seres TANINTELIGENTES, que caminan hacia adelante porque ven caminar a los demás.

Normalmente el valor opuesto se expresa (o se recupera) gracias tanto a la entonación como al contexto. En el ejemplo anterior, en virtud de la idea expresada en toda la oración, el elemento lexical **inteligente** tiene el valor contrario a su valor primario: “bruto”.

La expresión sarcástica surge como expresión de la emotividad y, casi siempre, está asociada con una actitud de “superioridad”, de “desdén” y “desagrado” del hablante hacia el objeto del sarcasmo.

Desde luego, no siempre los valores opuestos marcan sarcasmo. También el “afecto” puede encontrar expresión en elementos lexicales con valor opuesto. Tal sería el caso de quien al encontrarse con su amigo a quien no ha visto en muchos años, y al observar su aspecto de bonanza económica y de salud le exclama:

(8) Caramba! Por lo que veo, la vida te ha tratado MUYMAL!
donde **mal** tiene el sentido contrario: “bien”.

Se puede establecer como norma general que todo elemento que conlleve valor **calificativo** es susceptible de adquirir un valor opuesto en virtud de la emotividad y la actitud comunicativa del hablante: lo que pudiera llamarse positivo adquiere valor negativo y viceversa.

2.4 Valor “Arrasado”. Muchos vocablos normalmente se asocian con valores sociales “positivos” o “negativos”. Entre estos últimos existen los términos “más fuertes” (o “soeces”) de la lengua y que, en general, se reservan para el “insulto”; obviamente, están asociados primariamente con la “ira” o el “desagrado” en general. No es raro, sin embargo, que algunos grupos de

personas (independientemente de su nivel cultural o socio-económico) utilicen dichos términos para expresar su mayor “afectuosidad”; su saludo se cumple con estruendosas expresiones del “más grueso calibre”. Con esto buscan expresar, quizá, tanto su “afecto” por su amigo, como su “rebeldía” (o su “resentimiento”?) a los moldes y valores sociales generales.

3. EXPRESIÓN DE LA EMOTIVIDAD EN FORMAS INFLECTIVAS Y DERIVATIVAS

La gramática tradicional muestra cómo hay ciertos morfemas que están asociados con la emotividad de la expresión, tales como los “diminutivos” y “aumentativos”, y, más específicamente, los “despectivos”. Aquí se tratará de recordar algunos de estos correlatos.

3.1 Diminutivo. Es bien sabido que los llamados “diminutivos” no siempre expresan la idea de “tamaño pequeño”. Por ejemplo, la expresión **mamacita** no quiere decir “mamá pequeña”, sino que señala una relación afectuosa hacia la madre (o de “admiración”, etc. hacia una mujer, expresada por un hombre). Por otra parte, en oraciones como:

(9) Un **trabajito** que publicó lo salvó del anonimato.

el diminutivo no necesariamente tiene el sentido de “breve”, sino que da salida a un juicio valorativo subjetivo en el que el hablante tiene en “poco aprecio” el objeto juzgado (en este caso: **trabajo**)

El diminutivo, entonces, correlaciona con la emotividad de manera polivalente: expresa tanto “afecto” como “desprecio”, y su valores estrictamente discursivo (i.e. el contexto precisa el sentido).

3.2 Aumentativo. Al igual que el diminutivo, el “aumentativo” no siempre indica “tamaño grande”. También expresa emotividad; normalmente se asocia con una apreciación positiva de “admiración”, como en (10):

(10) Pedro compró un **caballazo**!

Donde se realza la figura y la calidad del caballo. Pero puede ser polivalente en expresiones como (11):

(11) Pedro compró un **caballote**!

donde se destaca bien sea el tamaño del caballo, o bien su buena figura y calidad, o igualmente, se implica “demérito” de la calidad del animal al implicar que su tamaño excede su calidad.

Sea cual fuere la interpretación discursiva (normalmente orientada por la expresión fonética), la selección de estas formas por parte del hablante está íntimamente ligada a la emotividad y al juicio valorativo subjetivo.

3.3 **Despectivo.** No siempre las formas “despectivas” indican “desprecio”. Perfectamente se pueden utilizar algunas de ellas con valor de “afecto” o de “admiración”. Tal es el caso del visitante que, al conocer la “mansión” de su amigo, exclama:

(12) Vaya! **Casucha** que te gastas!,

donde se da todo el valor contrario al valor “primario” de la forma despectiva.

3.4 **Inflexión Verbal de 2a. Persona Singular.** La forma verbal que usa el emisor para referirse a su interlocutor está, en líneas generales, condicionada por la relación social que media entre los dos; pero esta relación social está igualmente sujeta a la emotividad. El hablante no tratará de **tú** o de **vos** (según el dialecto) a una persona que, en su “sentiré no es su igual, o a la que no le tiene confianza o con la que no está familiarizado, o que no es totalmente de su agrado. Todas estas circunstancias (o prerequisites) son, efectivamente, emotivas.

Por otra parte, suponiendo que el hablante y el oyente normalmente se “tutean” consistentemente (i.e. aquellos que no mezclan, indiscriminadamente las formas vos, tú, Ud. en un mismo momento de comunicación). Un día cualquiera, el padre llega a casa y se saluda con su hijo:

(13) - Hola, hijo, cómo **te** fue?

- No muy bien. **Mira** mi libreta de calificaciones.

El padre mira la libreta, nota los “rojos” en ella y dice con voz severa:

(14) Ya veo que **Ud.** sigue echado con las petacas. **Mire** a ver cómo va a hacer para recuperar estas calificaciones.

Puede notarse el cambio brusco. Aunque el padre no alterara el tono de la voz, el hijo reconocería el “disgusto” de su padre por la forma en que se dirige a él, tratándolo de **Usted**.

3.5 **Modo Verbal en las “Ordenes”.** La emotividad se manifiesta igualmente en la selección del Modo verbal. Examinense las expresiones siguientes, todas las cuales cumplen una función “conativa”:

- (15) (a) Vete! (Imperativo)
(b) Que te **vayas!** (Subjuntivo).
(c) Tú te **vas!** (Indicativo)

Podría agregarse aquí el cambio a **Usted** (Vayase! Que se vaya! Ud. se va!), pero para el caso basta con las expresiones anotadas. Las tres expresiones difieren en **intensidad** de la **emotividad**. Suponiendo que todas tuvieran una emisión semejante en timbre y volumen de la voz, y en entonación, de todas maneras (15C) es más enfática que las dos anteriores. Lo más seguro es que un hablante de Español no emita la expresión (15c) sino después de que ya en el discurso ha emitido (15a) y quizá, (15b); de igual manera, el hablante no emitirá la expresión (15b) sino después de que ha emitido (15a). Lo que equivale a decir, que la renuencia del oyente a cumplir el deseo (o la orden) del hablante va acumulando “tensión” (o “disgusto”) en éste y lo va llevando a expresar con más intensidad la “orden”. Esto es lo que se refleja en el subsecuente “paradigma” de Modos: (15a) **imperativo**, no es necesariamente enfática; (15b), **subjuntivo**, expresa énfasis; (15c), **indicativo**, expresa mayor énfasis.

4.0 Expresión de la Emotividad en otros Planos Gramaticales. La emotividad se puede expresar también a través de algunos tipos de configuración estructural y procesos transformacionales, como se verá en las siguientes secciones.

4.1 Estructuras de Frases. La emotividad se manifiesta en algunas estructuras de frases. Examinense algunas construcciones nominales (CN) como las que aparecen como sujetos gramaticales de las siguientes oraciones:

- | | |
|--------------------------------------|--|
| (16) (a) Pedro compró carro, | (b) El Pedro compró carro. |
| (17) (a) Ese señor se disgustó | (b) El señor ese se disgustó. |
| (18) (a) El bobo José se casó | (b) El bobo del José se disgustó. |

4.1.1 En la oración (16a), la CN sujeto consta solamente de un nombre propio. Pedro. En cambio en la oración (16b), la CN sujeto, consta del mismo nombre propio pero precedido del artículo definido: El **Pedro**. Suponiendo que las dos expresiones se refieran a la misma persona, difieren en emotividad (que también se marca en la modulación de la voz): la selección de artículo definido antes de un nombre propio necesariamente correlaciona con una mezcla de “admiración” (o de “respeto”) y “sorpresa” frente al evento en general, y siempre conlleva un tinte de “afecto”; estos mismos sentimientos pueden

subyacer a la forma que no incluye el artículo, pero no se pueden recuperar de una manera nítida como con el artículo definido.

4.1.2 En la oración (17a), la CN sujeto consta de un nombre común precedido de un demostrativo: **Ese señor**. En la oración (17b), la CN incluye, además del nombre, tanto un artículo definido como un demostrativo (discontinuos): **El señor ese**. Las dos oraciones son polivalentes (tienen varios sentidos); pero cuando tienen valor emotivo (no deíctico), para expresar un sentimiento de “disgusto” (o de “reproche”) hacia el objeto referido, parece que la CN que incluye tanto artículo como demostrativo, es emotivamente más enfática que la otra.

4.1.3 En la oración (18a) la CN sujeto está formada por un artículo definido, un adjetivo y un nombre propio: **El bobo José**. En la oración (18b), la CN está conformada por un artículo definido seguido del adjetivo que a la vez va seguido de la preposición *de*, mas un artículo definido y un nombre propio: **El bobo del José**. Sin prestar mucha atención



a los posibles complejos procesos derivacionales involucrados en cada caso, se puede afirmar provisionalmente que en (18a) se hace referencia a **José** como “objetivamente bobo”, i.e. es el “personaje típico” conocido por el grupo (o por el oyente); esta apreciación tiene alguna plausibilidad si se observa que no se podrían utilizar otros “sinónimos” de **bobo** en la misma forma: ***El pendejo José**. En el caso de (18b), **el bobo del José**, se hace referencia a un **José** que no es “objetivamente bobo”, sino que, en razón de su participación en algún evento, el hablante lo califica subjetivamente de tal; aquí sí caben “sinónimos” del adjetivo con valores semejantes: **el pendejo del José**, **el tarado del José**, etc.

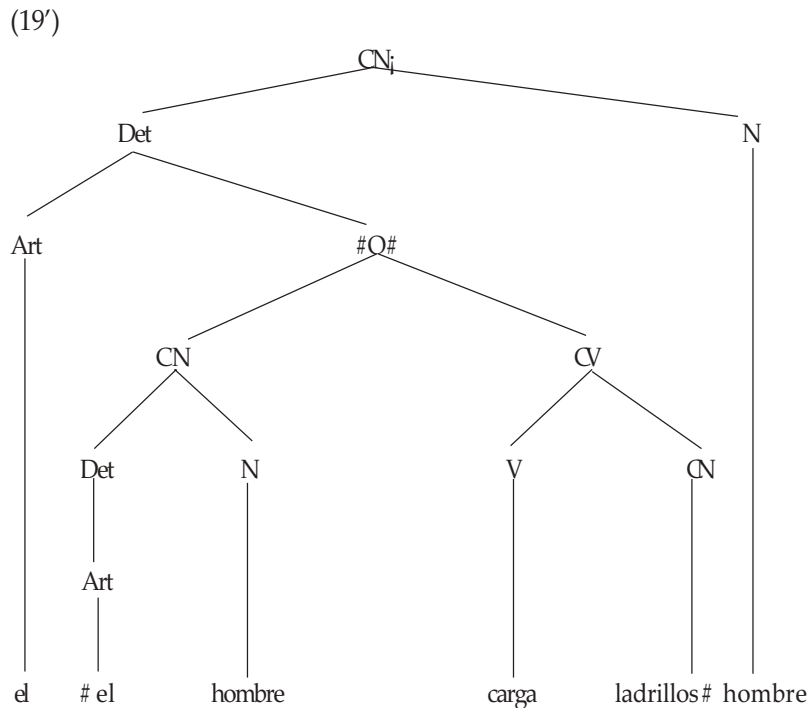
La estructura de CN ejemplificada en (18b) refleja de una manera más explícita las emociones asociadas con ella; parece ser que tanto el adjetivo que se use como el contexto y la expresión fonética, contribuyen a precisar el sentimiento expresado, sea de “simpatía” por el objeto referido o de “rechazo” del mismo.

4.2. Transformaciones. Todo parece indicar que la emotividad juega un papel muy importante en la aplicación de algunas transformaciones sintácticas, una de las cuales, (que no se considerará aquí), podría ser la derivación de frases como la ejemplificada arriba en **el bobo del José**. A continuación se traerán a colación sólo cuatro transformaciones asociadas con la emotividad, sin que esto quiera decir que son las únicas.

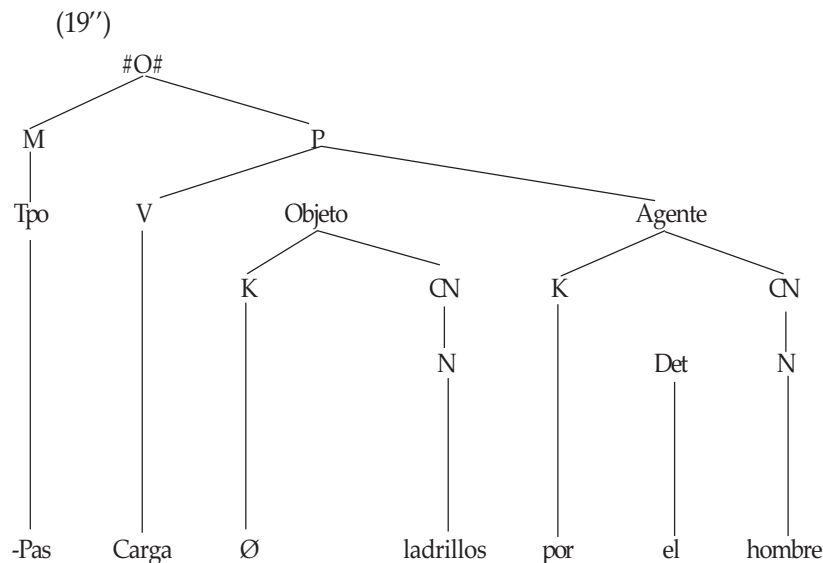
4.2.1 Nominalización del Verbo+ Objeto. Obsérvense las siguientes expresiones:

- (19) (a) El hombre que carga ladrillos...
- (b) El cargador de ladrillos...
- (c) El cargaladrillos..

En una concepción transformacionalista, todas estas expresiones están íntimamente relacionadas entre si. Es más, se puede postular que todas se derivan a partir de una misma estructura subyacente, semejante a (19').



En un modelo de análisis de relaciones de casos, la estructura subyacente de la oración subordinada tendría una forma semejante a (19').



El aparato transformacional puede mostrar en qué forma se derivan las expresiones incluidas en (19) a partir de (19'') y pasando por (19') —si este proceso es necesario. Se diría que una Transformación de relativización da origen a (19a). Un conjunto de transformaciones daría origen a la expresión (19b): amalgama de Agente+Verbo por medio de una transformación de nominalización ($\Rightarrow$ **cargador**), inserción de la preposición **de** entre la forma nominalizada y el Objeto, y elisión del N (**nombre**) antecedente de la cláusula relativa, etc. Otro conjunto de transformaciones daría origen a (19c): una nominalización que a la vez que amalgama Agente+Verbo incorpora directamente el objeto; eliminación de los nombres (antecedente y consecuente), etc.

Todo el aparato teórico esbozado arriba puede dar cuenta de las relaciones estructurales y de la entidad del objeto físico al que se hace referencia en las tres expresiones entre sí. Para efectos de este trabajo, baste con examinar lo que hace que expresiones como (19c) sean diferentes de otras como (19a) y (19b).

Aparentemente, la nominalización al estilo de (19c), que involucra al Agente ("humano"), está directamente asociada con la emotividad; tiene por lo menos un sentido de "desprecio" (o "poco aprecio") hacia el referente así expresado. Que esto es así queda confirmado al observar la reacción que producen en todos nosotros términos como estos:

- (20) Sacamuelas, sacamicas, vendepatrias, cometierra, cagatinta, rompevidrios, tirapiedras, quemabuses, etc.

Este tipo de nominalización puede involucrar al Instrumento en lugar del Agente, para producir nominalizaciones compuestas como las que se ejemplifican en (21); pero en este caso la nominalización no está asociada con la emotividad.

- (21) sacacorchos, rompehielo, pisapapel, picahielo, lanzallamas, portaplumas, etc.

Otra característica de las nominalizaciones al estilo de la ejemplificada en (19c), es que éstas pueden utilizarse más ágilmente con “valor metafórico” (y, por ende, con carga emotiva) que lo que ocurre con (19a) y (19b), como puede verse en **sacamicas, cagatinta, chupasangre, etc.** (VS. **el hombre que saca micas, etc.**).

4.2.2 Adjetivación del verbo. Obsérvese el siguiente par de expresiones:

- (22) (a) Pedro trabaja mucho, (b) Pedro es muy trabajador.

Las oraciones (22a) y (22b) podrían pensarse como variaciones de la misma estructura subyacente. Efectivamente, desde el punto de vista referencial y relacional las dos son idénticas: ambas contienen el mismo **Agente (Pedro)**, la misma **Acción trabajar** y el mismo nivel de **Intensidad** (mucho). No obstante, desde el punto de vista del hablante, las dos expresiones no significan de la misma manera: mientras que (22a) puede tomarse como un “reproche” (al agente) o como un “elogio”, (22b) no tiene sino el segundo sentido.

La plausibilidad de esta interpretación se puede respaldar con la cuidadosa observación de las siguientes expresiones:

- (23) (a) No podemos ir a la fiesta porque Pedro trabaja mucho.
 (“reproche”).
 (b) Tenemos lo necesario gracias a que Pedro trabaja mucho.
 (“elogio”).
- (24) (a) No podemos ir a la fiesta porque Pedro es muy trabajador
 (“reproche”).
 (b) Tenemos lo necesario gracias a que Pedro es muy trabajador.
 (“elogio”).

En estas expresiones hay material elidido implicado. Esto es corriente en el habla cotidiana. En (23a) se implica: o bien que Pedro está cansado para llevar al hablante a fiestas, o bien que Pedro no saca el tiempo para asistir a fiestas con

el hablante. En (23b) se implica que el mucho trabajo de Pedro produce el dinero suficiente para comprar lo necesario. Estas mismas implicaciones podrían estar involucradas en (24a) y (24b) Pero ocurre que la expresión (24a), donde se utiliza la forma adjetiva y que tiene la intención de “reprochar”, parece un tanto extraña, podría ocurrir, pero su implicación tendría una carga emotiva adicional y sonaría como una “burla” (expresión sarcástica), pues requeriría una entonación diferente a la de su contraparte (23a).

Si lo anterior se puede mantener, entonces la transformación que convierte el verbo en adjetivo (**trabaja** P **trabajador**) está regida por un elemento de emotividad que podría ser, primariamente, de “aprecio”. De todas maneras, no sería una transformación estrictamente mecánica o autónoma.

4.2.3 Coordinación de Agente e Instrumento. Fillmore (1968) señalaba que no era posible coordinar en el Sujeto un Agente y un Instrumento. Por consiguiente, expresiones como (25) están mal formadas desde el punto de vista gramatical:

(25) *Pedro y un martillo rompieron la ventana.

Obsérvense, sin embargo, las expresiones siguientes, y nótese que (26c) es perfectamente gramatical —y contiene la coordinación de Agente e Instrumento en el Sujeto.

- (26) (a) El músico encantó al público con su violín
(b) El violín (del músico) encantó al público
(c) **El músico y su violín** encantaron al público.

Todas estas formas tienen unas mismas relaciones preposicionales en la estructura subyacente. Acción-Agente-Dativo-Instrumento. La selección del sujeto gramatical tiene que ver con las nociones de “Perspectiva” y “Foco” planteadas en Oviedo (1979).

No es sencillo explicar por qué (25) no es aceptable mientras que (26c) sí lo es. Podría pensarse que existe diferencia entre las dos expresiones en razón de que en (26c) se expresa una relación de “posesión” entre Agente e Instrumento que no se expresa en (25). Sin embargo, no se hace más aceptable (25) si se expresa como en (27), con entonación que podría llamarse “estrictamente” declarativa:

(27) *Juan y su martillo rompieron la ventana

Pero sí sería aceptable (27) o una expresión como (28), emitidas con entonación exclamativa (o emotiva):

(28) Juan y su martillo han hecho muchos daños!!!

Esta primera aproximación a este tipo de transformación tiene más valor de problema que de afirmación. No obstante, no parece del todo descabellado pensar que la aceptabilidad de la coordinación de Agente e Instrumento tiene que ver con dos condiciones concomitantes: a) **la relación de posesión** (Instrumento del Agente), y b) **la emotividad**, sea “admiración” o sea “ira”, u otra emoción no especificada del hablante. Aparentemente, la coordinación de este tipo de frases tiene muchísimo que ver con el juicio del hablante acerca de la “integración permanente” — inseparabilidad o intimidad — entre Agente e Instrumento, pero siempre conlleva una gran carga emotiva.

4.2.4 **Construcción “Pseudo-reflexiva”**. Compárese cada par de las siguientes expresiones:

- (29) (a) Pedro compró un abrigo para Marta
 (b) Pedro se compró un abrigo para Marta
- (30) (a) (Cuando supo que queríamos verlo), Pedro fue al Hotel a buscarnos.
 (b) (Cuando supo que queríamos verlo), Pedro se fue al Hotel a buscarnos.

Fácilmente se puede establecer que (29b) y (30b), que contienen una forma pronominal **se**, no son realmente oraciones reflexivas sino instancias de las así llamadas “pseudo-reflexivas”, dado que en (29b) no se puede interpretar como “**Pedro compró a Pedro**”, ni “**Pedro compró un abrigo para Pedro**”, ya que se menciona otro beneficiario (**Martha**); y en (30b) la acción de ir no tiene un “paciente” o un dativo: ***Pedro fue a Pedro**.

Lo anterior equivale a decir que, en la estructura subyacente, cada par de oraciones — (29a) y (29b) por una parte, y (30a) y (30b) por otra — comparten las mismas relaciones preposicionales (y la misma perspectiva temporal: anterioridad al momento del acto comunicativo):

- (29') $_V[compra] - _{obj}[abrigo] - _{Dat}[Martha] - _{Ag}[Pedro]$
- (30') $_V[ir] - _{Ag}[Pedro] - _{Loc}[hotel] - _{Tprl}[X \# O \# [...]]$

Para derivar (29b) y (30b) se necesita un conjunto de transformaciones: sujetización del Agente, copia del CN sujeto en la posición del objeto (Quicoli, 1971), y transformación “reflexiva” (estrictamente de naturaleza sintáctica

aplicada a una estructura de nivel intermedio). Esta es una manera formal de describir el complejo proceso sintáctico involucrado en este caso.

El proceso anterior por sí solo no explica la función comunicativa de la estructura en mención. La “construcción pseudo-reflexiva”, en estos casos, está intimamente ligada a la emotividad: el hablante quiere hacer “énfasis” en la acción misma, para indicar, más que todo, la emotividad del agente en la ejecución del evento.

5. EMOTIVIDAD Y ACTO COMUNICATIVO-CONATIVO

Cada acto comunicativo está regido por un propósito y por la compleja actitud psico-social del hablante en la codificación del mensaje. Gran parte de los actos comunicativos cotidianos cumplen una función conativa: tienden a lograr que el receptor ejecute algún evento (satisfaga un “deseo” del emisor). Por consiguiente, estos actos comunicativos surgen de la emotividad y contienen una fuerte dosis de ella. La selección de la expresión se adecúa a una gama de factores emotivos que pueden surgir en el acto comunicativo según la relación e interacción que medie entre el emisor y el receptor.

Lo anterior se hace patente cuando se presta atención a la manera como las personas cumplen los actos comunicativos conativos. Tómese, a manera de ilustración, el siguiente conjunto de expresiones que utilizaría un niño **a lo largo de algún tiempo** con el propósito de que su progenitor le comprara un caballito.

- (31) (a) Papi, cómprame un caballito, si?
- (b) Por qué no me compras un caballito?
- (c) A Nancy el papá le compró un caballito
- (d) Nancy tiene un caballito
- (e) Tan bueno para Nancy que tiene un caballito.
- (f) Cuánto costará un caballito?
- (g) Serán muy caros los caballitos?
- (h) Los caballitos son muy lindos!
- (i) A mi me gustan los caballitos!
- (j) A tí no te gustan los caballitos?
- (k) Qué pesar que a tí no te gusten los caballitos!, etc., etc., etc.

El “deseo” del niño es “intenso”, hasta el punto de la “obsesión”. Las primeras “peticiones” la hace de una manera directa —(31a, b)— con un sentido de “seguridad” de lograr lo que se propone; se siente confiado en su ascendiente sobre el padre. Ante la respuesta negativa, el niño “pierde esa confianza” en su

poder; apela entonces al “careo”, i.e. a la referencia a terceros —(31c, d, e)— procurando tocar la fibra del “orgullo paterno”, utilizando, quizá, un tono de “tristeza”. El padre argumenta, entonces, sobre su “mala situación económica”. A partir de ese momento, el niño volcará su expresión sobre el costo del objeto —(31f, g)— no porque ésto le preocupe sino porque desea recalcar su “firme interés” con el objeto deseado (como si estuviera dispuesto a comprarlo de su “propio bolsillo” naturalmente vacío!), pero “teme” una nueva negativa. Cuando el costo se establece como obstáculo, y nada logra, el niño comunica su deseo a través de la expresión de su “nexo afectivo” con el objeto pretendido —(31h, i)— y trata de involucrar a su progenitor en este mismo nexo —(31j)—. Al fallar en esto, surge su expresión de “desconsuelo” y “reproche” (31k). Y así sucesivamente hasta que logre lo que desea o llegue a la conclusión de que todo fue en vano.

Puede observarse, entonces, que, en este caso al menos, todo el discurso “prolongado” del niño está impulsado por la emotividad y tiende a causarla en su interlocutor. Cada interacción conlleva una nueva emoción del niño y ésta conduce a una nueva expresión.

6. CONCLUSIÓN

Un simple análisis superficial de los diversos hechos presentados en este trabajo muestra que la emotividad, que juega un papel importantísimo en la comunicación, tiene consecuencias interesantes en todos los aspectos del sistema lingüístico. Por consiguiente, una gramática que aspire a lograr un alto valor explicativo debe incluir la emotividad como uno de sus elementos vitales.

Ahora, puesto que en gran parte la emotividad es responsable tanto de la selección de elementos lexicales y de estructuras sintácticas como de aplicación de reglas transformacionales, y de la realización fonética, debe entrar a formar parte de la Modalidad, como punto de partida de la derivación, pero con la propiedad de participar en todos los estadios teóricos de la derivación de cualquier expresión.

Por otra parte, la forma en que se ha abordado el tema en este trabajo sugiere que la investigación del contenido emotivo y su realización lingüística se beneficiará grandemente si se toma como punto de partida el acto comunicativo. Para marcar una pauta provisional, podrían considerarse actos comunicativos que estén más íntimamente ligados con la emotividad tales como los siguientes:

- (32) Valorativo subjetivo (opinión personal), protesta, reclamo, reproche, elogio, piropo, promesa, juramento, petición, orden, insulto, impropio, saludo, estímulo, mofa, reto, etc.

En las secciones anteriores se han identificado algunos aspectos de la gramática que reflejan emotividad. Sería conveniente determinar qué formas gramaticales vienen a asociarse con qué elementos emotivos (que igualmente necesitan ser precisados). Examinar, por ejemplo, los valores de aspectos tales como la selección de “verbos matrices” (i.e. “Subordinantes”), de elementos lexicales en general, de estructuras morfosintácticas y transformaciones, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FILLMORE, CHARLES J. (1968). “The case for case”, en E. Bach & R.T. Harms (eds.) (1968), *Universals in Linguistic Theory*, pp. 1-88. New York: Holt, Rinehart and Winston, Inc.
- HALLIDAY, M.A.K. (1970). “Intonation and Meaning”, en Gunther R. Kress (ed.) (1976), *Halliday: System and Function in Language*, pp. 214-234. London: Oxford University Press.
- HARRIS, JAIMES W. (1969). *Spanish Phonology*. Cambridge, Mass.: The M.I.T. Press.
- JAKOBSON, ROMÁN (1960). “Linguistics and Poetics”, en T.A. Sebeok (ed.) (1960), *Style in Language*, pp. 350-374. New York: John Wiley & Sons.
- OVIDIO A., TITO NELSON (1978). “Anotaciones para el Estudio de la Sintaxis en la Comunicación”. Popayán: XI Congreso Nal. de Profesores de Español y Literatura.
- (1979). “La ‘Perspectiva’ en la ‘Gramática’ “. Neiva: XII Congreso Nal. de Profesores de Español y Literatura. Publicado en *Lenguaje* No. 13, pp. 27-45 (julio, 1982).
- QUICOLI, A. CARLOS (1971). “Portuguese Reflexivization and some Related Problems”, en *Working Papers in Linguistics*. The Ohio State University. Number 10, pp. 182-204.
- WIDDOWSON, H.G. (1977). “The Communicative Approach and its Application”. Universidad del Valle (mimeo).